

do dexar de aplicar á esos Christianos que deshonoran su fé las palabras que decía este Divino Salvador por un exceso de compasion y de ternura al pérfido Discípulo que trataba de venderle. ¡Ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del hombre! Mas le valiera á aquel hombre no haber nacido. Sí, hermanos míos, mas valdria que no hubierais nacido á la fé, que deshonrarla con vuestras costumbres. Confieso que seria gran desgracia el que Dios os hubiese dexado confundidos en esa masa de perdicion que no ha oido hablar de sus maravillas; pero mucho mas terrible será pertenecer á una multitud de condenados que han añadido á sus pecados el abuso y la profanacion de la fé.

¡O Dios mio! Dos peligros nos amenazan: el de perder la fé, ó el de deshonrarla. Si la perdemos, ¿de qué nos servirán nuestros titulos, ni la qualidad de hijos y discípulos de la fé? Si la deshonramos, ¿qué frutos sacaremos con haberla poseido? Defended, Señor, nuestra fé: vos solo podeis afirmar en nuestro espíritu y en nuestro corazon los dogmas y los misterios revelados. Ani-

mad nuestra fé: vos solo podeis hacerla activa y fecunda: oxalá que podamos gloriarnos de haberla recibido, y que nos merezca la bienaventuranza. Así sea.

## INSTRUCCION SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION.

ISAIAS, cap. 28. versic. 29.

*Y esto salió del Señor, para hacer maravilloso su consejo.*

**D**ios no ha querido manifestar á la razon humana los designios de su misericordia, y los secretos de su eterna sabiduría. Un Dios anonadado, y revestido de la forma de esclavo, ha querido hacerse el autor de una ley nueva que contradice todas las inclinaciones de los hombres, y que no propone á la creencia sino objetos que no alcan-

ne de incomprehensible esta especie de desunion entre la misericordia y la justicia; pero penetrado el mismo Profeta de los efectos de este inefable misterio, nos dice que la misericordia y la verdad se han salido al encuentro, y que se besaron la justicia y la paz. La union de estos dos atributos es la que debemos considerar en este misterio. La justicia de Dios exige una víctima proporcionada á la ofensa, y digna del ofendido, y entónces la justicia recobra todos sus derechos: el hombre tiene necesidad de un mediador, cuyo mérito y excelencia borren toda su fealdad y su baxeza, y entónces la misericordia le entrará otra vez al goce de sus derechos. Veamos ahora estas dos ventajas en el misterio de este dia.

¿Cuál es el mérito, hermanos míos, de la víctima, y el precio del sacrificio que prepara? ¿Hasta qué punto habian llegado los hombres con sus pecados? ¿No se habian precipitado en el abismo mas vergonzoso? ¿No habian reunido todos los crímenes que el orgullo, la indocilidad y el desprecio podian inspirarles contra su Dios? ¿No habia toda

carne corrompido sus caminos, como dice el Espíritu Santo? Pero juntos á esto el grito de todos los pueblos, de todas las generaciones de la tierra: reunamos baxo un mismo punto de vista la empresa temeraria de los que construyéron la torre de Babel, las infames prostituciones de los habitantes de Sodomá, las frecuentes deserciones y monstruosas ingratitudes de Israel, las extravagantes idolatrías, y las ridículas supersticiones de tantos pueblos que vivian á la sombra de la muerte: penetremos en las generaciones que se sucedieron despues de la venida de Jesu-Christo, y traigamos á la memoria las sangrientas persecuciones, los cismas, las heregías: demos una ligera ojeada sobre los desórdenes de nuestro siglo, y toda esta serie de sucesos tan extraños y horribles nos demostrará el estado que tenia el mundo ántes de la venida del Mesías, y los motivos gravísimos que la prepararon. Sin embargo, esto todavía no es bastante para conocer hasta qué punto habia llegado la indignacion de Dios contra la criatura. Ya llegaban á su colmo los ultrages hechos á los mas santos atributos de la divinidad:

se habian despreciado sus órdenes mas positivas: se habian insultado sus llamamientos mas tiernos y sensibles; y tantos pecados habian levantado entre Dios y el hombre una muralla de separacion. ¿Quién pues tendrá fuerza bastante para derribarla? El hombre, dice el Profeta, es incapaz de obrar su propia redencion; ¿y hallándose cargado de pecados, y teniendo tan ofendida la Divinidad, podrá constituirse por intercesor de los demas hombres? ¿Sus ruegos podrán aplacarla? En este conflicto se presenta una víctima que el hombre no conocia, y que Dios admitirá muy gustoso, revestida de todos los caractéres de una verdadera, hostia inocente: ella es santa, inmaculada y justa. Por su dignidad es igual en todo á la dignidad que aplaca, y tan superior á la ofensa, que aunque se hubiera multiplicado infinitamente mas, nunca se hubiera extinguido ni agotado su mérito. La excelencia de su naturaleza no la dispensa de la obediencia mas perfecta; y en el momento mismo que se comete el primer pecado, ya se dispone para ser inmolada. Esta hostia santa, que se ofrece en sacrificio por

nuestros pecados, restituye los altares del Señor, restablece su culto, le presenta en nuestro nombre ofrendas dignas de su magestad, y le forma por la virtud de su sangre adoradores en espíritu y en verdad.

Nada es mas propio, hermanos míos, para realzar nuestra baxeza que la idea del sacrificio de Jesu-Christo; pero esta idea no dará fruto, si no produce en nosotros un reconocimiento activo, realzado con la imitacion mas perfecta. El Apóstol nos dice que no basta conocer los méritos de Jesu-Christo, sino que es preciso imitarlos. Todos los méritos que reúne su oblacion se pierden, si abandonamos las virtudes: por exemplo, la obediencia, con la qual se emprenden las cosas mas difíciles y opuestas á nuestros gustos é inclinaciones: la humildad que nos hace sacrificar las propias luces, las gracias que hemos recibido de la naturaleza, y los frutos de nuestros propios talentos: el espíritu de penitencia que encuentra sus delicias en las obras que mortifican la carne, y someten el espíritu: el fervor en la oracion que inspira la desconfianza de sí mismo, y la confianza

en Dios. El exigir de vuestra parte, hermanos míos, el espíritu de fidelidad y de penitencia, no es poner límites á la mediacion de Jesu-Christo; pero estas disposiciones se conforman admirablemente con las de nuestra víctima. La reparacion de todos los ultrages que ha recibido el Padre, supone de su parte el ódio de todas las prevaricaciones que podian renovarlos; pero tambien exige de todos los que quieren participar de los beneficios de su mediacion un ódio universal del pecado. Entre todos los caracteres con que el Profeta Daniel señala la venida del Mesias, se distingue principalmente su mediacion. Aunque fixa la época de su nacimiento y su sacrificio, los cálculos mas sabios de los Judíos apenas alcanzaban para determinar el tiempo de este feliz suceso; pero quando dice: el pecado será abolido, y la justicia será restituida para siempre, ya no queda la menor duda de la época del reyno del Santo de los Santos.

¿Pero el Profeta no podía preveer que la malicia de los hombres creceria con los siglos? ¿Que la corrupcion llegaría hasta lo infinito? ¿Adónde está

pues la abolicion total del pecado? ¿Adónde ese reyno inmutable de la justicia que anunciaba para el consuelo de su pueblo? ¿Este pueblo mismo no es el que mas se aleja de la justicia eterna, el que está marcado mas visiblemente con el sello del pecado? Todo esto lo veía Daniel, hermanos míos; pero tambien veía el reyno de la justicia, y la abolicion del pecado en la disposicion de la víctima que no debía conocer, amar, practicar y enseñar sino lo que fuese justo y perfectamente conforme á la voluntad de su Padre que es la soberana justicia; lo veía en los efectos de su mediacion, en los méritos superabundantes á todos los pecados, á todas las injusticias, y que encierran en sí el gérmen de toda justicia y de toda santidad: lo veía en la fidelidad de sus escogidos, que animados baxo la mano de su gracia con sus exemplos, y estimulados con sus promesas, se dedicarían á corresponder á su eleccion con sus buenas obras: lo veía en esa multitud infinita de naciones, que aunque estaban separadas de su reyno, debían acercarse á él por la virtud de su sangre; en ese número casi infinito de pe-

cadores, que aunque obstinados en sus pecados, debian corresponder un dia á sus invitaciones: lo veia quizá en vosotros mismos, hermanos mios, que envueltos en costumbres tan vergonzosas y criminales, y mortificados con los crueles remordimientos de la conciencia, pedis ahora por mi boca con tanta solitud y ardor la destruccion de vuestros pecados. Probad, Christianos, con humilde docilidad que el reyno de la justicia no ha venido inútilmente para vosotros: temed que el oráculo de Daniel, que predixo la abolicion del pecado y el establecimiento de la justicia eterna, no se cumpla sobre vosotros de una manera espantosa, envolviéndoos en el anatema que debe confundir para siempre á los pecadores. Pero en esta solemnidad, en que todo respira consuelos, no debemos hablar de otra cosa que de los designios de misericordia del Dios que anunciamos, porque si la mediacion llena con respecto á Dios todas las miras de su justicia, tambien obra con relacion á nosotros prodigios de misericordia y de reconciliacion. Por tanto me represento á Jesu-Christo baxo el título de un

mediador perpetuo, ocupado en pedir por nosotros favores que no podriamos alcanzar jamas. Sí, hermanos mios, Jesu-Christo ruega por nosotros, y á la dignidad de su persona junta todos los títulos capaces de mover la clemencia de Dios; á saber, el título de Hijo igual á su Padre, imágen de su poder y de su magestad, y objeto de sus delicias: el título de víctima pura y sin mancha, universal, viva, eterna y verdadera: el título de hermano libre de la mancha que ha venido á lavar; pero lleno por el contrario de la caridad que ha venido á derramar en los corazones: el título de Pontífice superior á todos los que han ofrecido sacrificios, porque está mas elevado que los mismos cielos: el título de amigo compasivo, que ha experimentado todas las enfermedades de nuestra naturaleza para conocer mejor el remedio; y que aunque no ha conocido el pecado, está abrasado del amor mas vivo para curar esta llaga. Dexamos otros títulos, cuya enumeracion seria de mucho consuelo para otra mas larga meditacion; pero reflexionemos quanto debe interesar la misericordia de Dios la mediacion de Jesu-Christo;

y si todavía queda en nuestros corazones alguna desconfianza sobre intercesion tan poderosa , elevémonos con el Apóstol San Pablo hasta el Santuario eterno para ver este gran Pontífice que ha penetrado los cielos á fin de abrirnos el camino ; y que para allanar los obstáculos que pudieran impedirnos la carrera , presenta sin cesar á su Padre la sangre que ha derramado , solicitando la misericordia de la manera mas eficaz y sensible , y unidos á Jesu-Christo por la virtud de esta sangre , hablémosle con seguridad y confianza : no temamos la voz de nuestros pecados , sino miéntras que los amemos ; y aun entónces conviene levantar el grito al que manda á las olas y á la mar. No estais , no , pecadores , excluidos eternamente del derecho de hablar en nombre de Jesu-Christo. Si conoceis que no ha venido para los sanos , sino para los enfermos , manifestadle vuestras llagas ; presentadse las de Israel , y no temais por esto su indignacion. Si , vuestro Dios no ve ya en estas llagas la corrupcion , si procurais rociarlas con la sangre de Jesu-Christo : ya no os echa-

rá en cara , como en otro tiempo á Babilonia , que habiendo tentado la curacion , no ha podido conseguirla.

¡Qué diferencia , hermanos míos , entre el hombre abandonado á sí mismo sin otro apoyo que su propia debilidad , ni otros títulos para con Dios que la muchedumbre de sus pecados , ni otro intercesor que el grito de sus injusticias ; qué diferencia , digo , entre este hombre y el Christiano que habla en el nombre de Jesu-Christo , que se cubre con los méritos de Jesu-Christo , y que se apoya para con Dios sobre todos los derechos de Jesu-Christo ! El primero , si consulta su propio corazon , no oye otra cosa que una voz de muerte : el segundo , si atentamente escucha la voz de su Mediador , está seguro de oír las palabras de la vida. Aquel lleva en su corazon la prenda de su reprobacion eterna ; éste halla fuera de sí fuentes de agua viva que resaltan hasta la bienaventuranza. El hombre abandonado á sí mismo no tiene derecho sino á la muerte y á la perdicion ; el Christiano revestido de Jesu-Christo lo tiene á la resurreccion y á la vida. Así el último efecto de misericordia que produce la

encarnacion del Verbo es mover al Señor para que atienda nuestras oraciones, para que compadezca nuestras desgracias, y para que alivie nuestra indigencia; y esto es lo que le hacia decir á San Pablo: Lo puedo todo en aquel que me fortifica. ¿Quién hubiera jamas imaginado, hermanos míos, que una criatura frágil, impotente, pecadora, víctima mil veces de su flaqueza, pudiese hablar de esta manera? Pero basta conocer el misterio que le autoriza para saber que podía expresarse así. Todo lo puedo, no por los esfuerzos de mi propia naturaleza, no por los efectos y la dignidad de mi oracion, no por el mérito y el crédito de mis obras, sino por el poder y la disposicion del Dios á quien invoco. Sé que mis súplicas han de ser bien oidas, porque se apoyan sobre méritos que las han de dar eficacia, y que reparan toda la injusticia de mis deseos é inclinaciones.

Por tanto, hermanos míos, es indispensable que nos penetremos de esta verdad siempre que nos hayamos de dirigir al Señor. La confianza es el alma de la oracion: ella no vive, y por consiguiente no puede llevar frutos, sino

quando está animada por este motivo. El conocimiento de un Dios hecho hombre es el principio de esta vida de la oracion; y así pensad, Christianos, sobre la utilidad de este estudio, y considerad quan insensato es el que no procura instruirse en este misterio. ¿Qué fruto podrá esperar de sus súplicas? ¿Qué motivo encontrará en sí mismo que sea bastante eficaz para animarle?

Entrad pues, hermanos míos, en el espíritu de este misterio: unámonos con un corazon bien dispuesto á aquel que hoy se ha hecho nuestro mediador y nuestra víctima: puestos á los pies del trono de la misericordia, dexemos que hable por nosotros este Hombre Dios, que ha tomado nuestra carne; y penetrados de las disposiciones de dependencia y de sacrificio que manifiesta á su Padre, digamos con él y por él: Dios mio, Vos habeis desechado todas las oblationes, reprobado todos los sacrificios, y desconocido todas las víctimas: aquí hay una que no la desconoceréis porque la habeis escogido Vos mismo. Vos la habeis formado un cuerpo, y héchola propia para el holocausto: habeis formado sus oidos, y los habeis